



Extractado por su mucha extensión el Pregón pronunciado el pasado año por el poeta local, correspondiente a la Real Academia de Córdoba, nuestro colaborador, José Cabello, publicamos los pasajes más destacados y las composiciones más sobresalientes, para dejar constancia de su actuación y que puedan conocerlo (al menos parte) los que por estar ausentes de Puente Genil o por imposibilidad de asistir no pudieron escucharlo.

Después de dar las gracias al señor Arroyo Morillo por su presentación y recordar a sus ilustres predecesores que le dan a él la altura de un lampazo, dice que el fundamento y propósito de su presencia es un deber de todo pontanense el cooperar en la medida de sus fuerzas a estos actos y gritar a pleno pulmón para que el mundo se entere de lo que aquí tenemos y vengan a contemplarlo y a admirarlo, invitando a todos a que se constituyan Pregoneros de nuestra Semana Mayor y que en sus viajes por la geografía de España y del mundo, lancen a todos los vientos que Puente Genil, conocido universalmente por su carne de membrillo, tiene también una Semana Santa «sui-géneris». Que Puente Genil, corazón de la Córdoba serrana de Góngora y de Séneca, tiene en estos días primaverales el lirismo del primero y el ascetismo del segundo; y al tiempo que lo manifiesta en la policromía de sus campos en flor y en el murmullo acariciador de su río, que en amoroso abrazo se ciñe a su cintura, vestido así de gala, se echa a la calle en la Semana Grande, para ponerse de puntillas y admirar una vez más el desfile fulgurante de sus Imágenes; extasiarse ante la fila interminable de las Figuras; aplaudir con entusiasmo las marchas triunfales de los Romanos; y para ponerse de rodillas ante el paso estremecedor del Nazareno.

Dice a continuación que si Puente Genil no puede compararse en su Semana Santa con Murcia, Málaga o Sevilla, en sus Imágenes, en sus Vírgenes o en sus Cristos, si puede compararse y aún aventajarles en un algo especial, muy hondo y muy emotivo; porque la Semana Santa de Puente Genil no se circunscribe solamente a los días de la Semana Mayor, si no que dura todo el año. Esto es lo que desconocen los extraños. Que el pontanés es semanatero de corazón y vive en ambiente de Semana Santa toda su vida; y que los días que señala el calendario para su conmemoración, son días de exaltación; de delirio. Pero aún hay más. Como le saben a poco estos días, ha sabido crearse otra Semana Santa en miniatura (y esto sí que no lo hay en ninguna parte del mundo) y reproduciendo en pequeño pero con la mayor fidelidad, los mismos pasos, las mismas imágenes, que salen procesionalmente la Semana Santa, y vistiendo a sus hijos de diminutos Apóstoles; de Pretorianos Romanos con un Barrabás de dos palmos; de Getones; de Coraceros Judaicos; de Testigos Falsos; de Evangelistas; de Romanillos (tan chiquitines algunos, que llevan chupete); para que vayan desde pequeños bebiendo el entusiasmo y la devoción de sus mayores y sean la cantera y la solera de los futuros semanateros pontanenses, se vive en Puente Genil el día de la Cruz otra Semana Santa que, aunque chiquita y reducida a un solo día, vuelca al pueblo a las calles por donde va pasando la procesión con su largo cortejo de «hermanos» vestidos con sus túnicas y capas, acompañando con luces y bengalas a los santos de sus Cofradías, con su interminable desfile de mini-romanos y mini figuras, estacionándose, como en el Viernes Santo en la calle Don Gonzalo, con un clamoroso entusiasmo de chicos y grandes; y que por eso tienen Puente Genil y su Semana Santa una especial idiosincrasia.

Se refiere después a los «Cuarteles»; diciendo, que las innumerables Corporaciones y Cofradías están acuarteladas y en guardia permanente los trescientos sesenta y cinco días del año y que los Cuarteles son como casas de familias numerosas de «hermanos» heterogéneos por la diversidad de clases sociales de sus componentes; pero de hermanos bien avenidos que, dejando al margen sus problemas particulares, sólo se ocupan y se

preocupan de los problemas del Grupo, Corporación o Cofradía a la que pertenecen; sugiriendo ideas; proponiendo nuevos planes a seguir; procurando que cada año resulte mejor y más lucida la actuación de su Grupo, Corporación o Cofradía, y como en su noble empeño lo consiguen, cada año es más hermoso, más armónico, más brillante el desfile procesional de la Semana Santa. Glosa a continuación la majestuosidad de los desfiles que se inician el Domingo de Ramos con el paso enternecedor de «Jesús en su entrada triunfal en Jerusalén» entre el clamor del pueblo y los cánticos de los niños con túnicas blancas que lo acompañan con palmas y ramas de olivo: aunque es realmente el miércoles Santo el comienzo de las procesiones cuando la campanita del Señor de la Humildad empieza a llamar con su argentino son a los nazarenos, los que como a un mágico conjuro acuden a la llamada yendo tras ella hacia el Convento donde ya les esperan las veneradas imágenes en los tronos de plata, oro y maderas preciosas en los que han sido colocadas por la devoción y el fervor de sus «hermanos» que levantan sobre sus hombros los pasos, entre aclamaciones y vítores, siguiendo el orden del motivo que representan; saliendo en primer lugar «El Lavatorio», después, Puente Genil, que no sólo vive y representa la pasión del Señor, sino que cala más hondo en la vida de Cristo, plasma su imagen, no sólo en los más dolorosos momentos, sino también en muchos de los actos de su vida magistral, como en este de la humillación de la majestad de un Dios lavando los pies a su discípulo. Dijo, que contemplando este «paso» en su niñez, ya le impresionó la sublime escena, y que recordando entonces las palabras de Cristo a su discípulo «si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo, en mi reino» le inspiró un soneto que publicó «La Ilustración Pontanense» el año 1925 que copiamos:

Mientras que va tomando la traición incremento
en la infame persona de Judas, renegado,
otra nueva simiente de humildad ha sembrado
el Hijo del Excelso Creador del Firmamento.
Sus manos eucarísticas, tesoros de bondad,
los rudos pies de Pedro lavan humildemente;
enseñándole al mundo de manera elocuente,
que humillarse al humilde no quita dignidad.
Después de realizada esta lección divina,
«Amaos como hermanos» dice en santa doctrina
la palabra de Cristo, maná de eterna Gracia.
Y al llegar de la tarde los momentos postreros,
del viento, los lebreles, aullando lastimeros,
presagian la tragedia; la criminal desgracia.

Y continúa glosando el desfile procesional de la siguiente forma:

Por la Cuesta Romero arriba se oye un griterío de muchachos y un toque de tambor descompasado que se aproxima, Es:

«La Chusma» de los «Romanos»
que al redoble de un tambor,
guiada por Judas, traidor,
con bolso y linterna en mano
va a prender al Redentor.

Y hermanándose y complementándose las escenas de la vida de Cristo, representadas escultóricamente y plásticamente encarnadas por cientos de pontanenses, los soldados de «La Chusma» irrumpen en la procesión y colocándose delante del «paso» de «Jesús orando en el huerto», simulan cruzando sus lanzas la aprehensión del Nazareno vendido por Judas que lo señala con la luz de la linterna.

Jesús, en el huerto orando,
su suplicio presintiendo,
sangre pura está sudando.
Los apóstoles, durmiendo,
no ven lo que está pasando
y no se van despertando
hasta que oyen el estruendo
que «La Chusma» viene armando.
Pero el momento ha llegado.
Judas a Cristo ha besado;
y el crimen se ha consumado.

La tarde ha caído en el ocaso. Las sombras de la noche van extendiéndose cada vez más densas; pero, de pronto, abre su abanico de luz una bengala y las llamaradas refulgentes de los cientos de corazones de los «hermanos» que lucen como estrellas de fe en los votivos cirios rompen la oscuridad y entre un torrente de luz y de estentóreos vivas, sale majestuoso y deslumbrante como un ascua, el soberbio y hermosísimo «paso» artísticamente tallado y policromado, con la bellísima escultura de Nuestro Señor de la Humildad, impresionante imagen antiquísima, que vino a Puente Genil a petición suya, pues venerándose en Sevilla en el año 1706, estando orando ante ella la venerable madre Gregoria Francisca de Santa Teresa, carmelita descalza, impetrando su auxilio y protección para el viaje que tenía que hacer a nuestro pueblo, donde había sido trasladada, oyó que le dijo: «**LLEVAME**». Lo que así hizo vivamente impresionada; siendo incontables las prodigiosas mercedes y dones que ha otorgado desde entonces a los pontanenses que le han pedido su ayuda y protección. Por eso, cuando en la noche del Miércoles Santo la devoción de los pontanos lo saca en procesión, paseándolo triunfalmente por las calles de Puente Genil, es unánime el entusiasmo y el fervor del pueblo hacia la sagrada imagen.

Humilde, el Rey de los Cielos;
en dura peña sentado;
herido; acardenalado;
ausente de los consuelos
de su Madre; sus anhelos
SALVAR A LA HUMANIDAD,
muestra en su grandiosidad
de una manera elocuente
la imagen resplandeciente
del SEÑOR DE LA HUMILDAD.

La noche se ha vestido de gala. El cielo se ha puesto su manto de estrellas. El pueblo en silencio expectante, espera anhelante, que salga a la calle su Virgen amada. Precedida de cientos de «hermanos» con cirios y velas de llamas ardientes que la dan escolta; entre un bosque de cera encendida y focos potentes; refulgente; radiante de luz y hermosura; en el trono magnífico que el arte y la fe y el amor de sus hijos le han puesto como a Reina y Señora del cielo y la tierra; ataviada Con toca de blonda y vestido y manto de rico terciopelo bordado con oro y con piedras Preciosas; bajo un palio de tisú y encaje; aparece, por fin, ante el Pueblo; la Soberana Madre del Hijo de Dios, la Virgen de la Amargura siendo acogida su aparición con un imponente aplauso y el más delirante entusiasmo.

La Virgen de la Amargura,
traspasada de dolor
por la inhumana tortura
del Divino Redentor,
en su doliente andadura
nos da prueba de su amor,
DIA, haciendo la noche Oscura
de nuestra Vida,
con el radiante esplendor
de su soberbia hermosura
y el infinito calor
de su ternura y dulzura.
Y entre el inmenso clamor
del pueblo que no halla hartura
de seguirla con ardor,
pues sufre con su tristura
y la adora con fervor,
la Soberana Criatura
Madre de un Dios Salvador,
su pena y su amargura,
marcha tras del Redentor.

Las calles del Pueblo por donde discurre el cortejo procesional, llenas con la presencia de las divinas Imágenes de su Gracia santificante son como las naves de un templo gigantesco donde se rinde culto y pleitesía de fe al Enviado de Dios y a su bendita Madre.

Pero si es grande el entusiasmo del pueblo de Puente Genil en el Miércoles Santo, cómo describir; ¿cómo expresar con palabras la tarde pasional del Jueves Santo?.

Como afluyen las aguas vertiginosas de los torrentes, así bajan impetuosas por las pendientes calles que desembocan en la de Don Gonzalo, ingentes muchedumbres de personas desde las primeras horas de la tarde para estacionarse en el mejor sitio en espera de los «Romanos». Un inmenso hormigueo humano que no ha encontrado acomodo en los balcones, ventanas, azoteas y rebates de las casas, ni en las amplias aceras de la calle, deambulan y pasea por la ancha calzada en anhelante espera. Crece la riada humana a medida que el tiempo transcurre. Por fin, a lo lejos, se oyen los redobles alegres y gratos que marcan la marcha triunfal del Imperio Romano.

La gente que espera se incrusta con la de la acera abriéndoles paso al verlos llegar.

Arrogante el paso y el aire marcial,
como los guerreros de Roma Imperial;
vienen los gallardos Romanos pontanos,
recibiendo el unánime aplauso
que les da con júbilo su pueblo natal
Victoriosas vienen las bravas legiones;
pero sus conquistas son de corazones;
que aunque su fama es universal,
no ha sido ganada en cruentas batallas;
no dejan tras de ellas sangrante metralla;
el odio y la guerra, con ellas no estalla;
ni dejan marcadas huellas de dolor;
tras de ellas, tan sólo se halla
un reguero ardiente de paz y de amor.
A su paso florecen, tempranas,
las rosas lozanas
que arrojan las bellas pontanas
a los aguerridos soldados romanos;
a su Abanderado y a su Capitán.
Las palomas tibias de sus blancas manos,
batiendo sus alas aplaudiendo están
La calle se llena
de luz y color.
La música suena
y al alma enajena
de gozo y ardor.
Sobre los aceros de los espadines;
sobre los escudos y sobre las lanzas;
sobre los clarines;
quiebran su pujanza
los rayos del sol.
Y herida su ardiente esperanza,
les besa en la frente
con dulce arrebol
Triunfalmente desfila el Imperio Romano;
la gala y orgullo del pueblo pontano
que gira en su torno como un girasol.

La calle ha quedado desierta Como esclusa abierta por donde las aguas salen en turbión, la masa de gente se ha diseminado como un aluvión. Sube por las cuestas, del «Imperio» al Son del más inspirado de los pasodobles escritos por Arcos, Gant, o don Germán; y van, al encuentro de la procesión.

La tarde, cayendo va ya en oración Jesús Preso, atadas sus divinas manos vilmente azotado por fieros sayones; viene caminando tras de sus «hermanos» cirios en las manos; fe

en los corazones; y en las almas duelo; duelo y aflicción. Quiébranse en los labios todas las sonrisas. Jesús Preso atado mueve a compasión. Se encienden las luces de los «guardabrisas» porque las estrellas, viendo a Jesús Preso, sufriendo agonizan, También sufre, triste, mi alma al contemplarlo; y mi corazón, contrito al mirarlo, reza esta oración:

Tú que preso y maniatado;
por sayones azotado;
Vas atrozmente empujado
hacia el palacio de Anás.
Tú, el Rey de reyes, que vas
a la casa de Caifás
y de esta a la de Pilatos,
entre burla y malos tratos
de unos hombres insensatos
que gritan «crucifixión»
al juez cobarde y felón
que cede a la petición
aunque sabe tu inocencia,
y cree limpia su conciencia
cuando lava en la presencia
del pueblo, sus torpes manos.
Tú que abres a los humanos
las puertas de los arcanos
de tu Reino celestial,
fúndeme con tu metal
y líbrame ¡oh Dios! del mal.

Sirviéndole de escolta a Jesús Preso, se colocan los «Romanos» entre las dos largas filas de «hermanos» de «La Columna» como se denomina al bellissimo «paso» de Nuestro Señor Amarrado a la columna, donde recibió los azotes decretados por el cobarde Pilatos.

El golpe de vista que presenta este «paso» es maravilloso semejando un sol de oro deslumbrante y fascinador.

El trono es una sorprendente joya artística y la columna una filigrana. Maniatada a ella, la imagen de Cristo, bellissima escultura iluminada profusamente se destaca con vivos resplandores, arrancando exclamaciones de admiración a quienes la contemplan.

Impresionado por la grandiosidad del cuadro, mi emoción ha quedado plasmada en el siguiente soneto:

Se han parado en el aire los cordeles,
rebeldes a seguir martirizándole;
y en milagro de amor, reverenciándole.
han florecido en lirios y claveles.
Erguidas paralelas verticales
el cuerpo tibio y la columna fría;
símbolos de humildad y altanería;
idénticos y en todo desiguales.
La columna con gracia de palmera,

aprehensora del junco nazareno,
se estremece piadosa y lastimera.
Y la Columna que sostiene al mundo,
Cristo paciente, Cristo humano y bueno,
germina en rosas de un amor fecundo.

Los «Romanos» que marchando a paso lento al compás de los tambores van entre los «pasos» de Jesús Preso y del Señor Amarrado a la Columna, evolucionando en una vistosa maniobra, se colocan delante de la Virgen de la Esperanza, a la que saludan, reverentes, con un «Stábat-Mater», caminando ante ella al ritmo acompasado de una marcha lenta.

Las luces multicolores de las bengalas; los potentes reflectores instalados en el dorado trono; los globos luminosos de los candelabros; las lenguas de fuego de los cirios y de las velas, iluminan con irisados reflejos la bellísima cara de la Virgen de la Esperanza que, aunque con expresión dolorosa en su semblante por la pena y el sufrimiento, tiene en su dulce mirada una sonrisa de agradecimiento para los pontanos que entre vivas y aclamaciones la miman y la mecen, enfervorecidos, derramando su Gracia sobre todos y llenando las almas de esperanza.

De tu Esperanza, sí; de tu Esperanza;
porque serás la tierna mediadora,
cuando en nuestro reloj suene la hora
de dar cumplida cuenta a nuestra andanza,
Y cuando Dios nos ponga en su balanza,
si pesa más nuestra alma pecadora,
serás nuestra valiosa intercesora,
para que Dios nos dé su venturanza.
El corazón humano en Ti confía.
Contigo el corazón humano llora.
En ti pone, Señora, su confianza,
Con fervoroso afán su alma te implora.
Y pues por Ti la eternidad se alcanza,
su Esperanza eres Tú, dulce Esperanza.

El gentío que ha estado estacionado ante la Iglesia viendo salir la procesión, corre apresuradamente por calles adyacentes hacia la Matallana para contemplar nuevamente y admirarla bajo el marco bellísimo de la plaza de Calvo Sotelo que, transformada en un grandioso altar, expone en un impresionante conjunto la magnificencia de esta procesión, llena de un colorido indescriptible.

Sigue la procesión su recorrido, acompañadas siempre las Imágenes por sus «hermanos» y fieles alumbrándolas. «Los Romanos» y las «Figuras» se han retirado a sus cuarteles para aparecer de nuevo cuando Jesús Preso y el Señor de la Columna están ya en la calle Don Gonzalo, abarrotada de un público enfervorizado y anhelante como si fuese a contemplar el desfile por primera vez. La calle, resplandeciente por el alumbrado extraordinario, se viste de colores con las luces de las bengalas de las Imágenes y de los «Romanos» que entran en la calle a los acordes de un pasodoble con aires de marcha triunfal.

Las «saetas», desgarrados lamentos del alma andaluza ante la pasión del Señor y el dolor de su Madre amantísima, como si la noche fuese propicia para expresar su sentimiento, brotan ahora de las aceras de la calle, de los balcones, de las esquinas, con una expresión y un dolor tan hondos, que producen un estremecimiento de emoción en quienes las escuchan.

El tiempo se para en Puente Genil noche del Jueves Santo. Las horas no cuentan para los pontanos. Cuando han terminado los «vivas» dejando en su casa a la Virgen de la Esperanza, bien entrado ya el día del Viernes, la muchedumbre se da un momento de reposo y sube apresuradamente como en una imponente manifestación hacia la Iglesia de Jesús Nazareno y de María Santísima de los Dolores, donde ya hay, haciéndoles compañía, centenares de personas con velas encendidas.

Grande, muy amplia es la colina donde se levanta la Iglesia: pero pronto se ve colmada de pontanos y de forasteros que con ellos acuden a presenciar el momento más interesante de nuestra Semana Santa. La salida de Jesús y la «Diana». Mucho es lo que se ha dicho y lo que se ha escrito sobre la Diana, pues todos los escritores, todos los poetas pontanos y aún muchos más no pontanos, le han dedicado las mayores alabanzas; la han celebrado con las más laudatorias frases; la han cantado con las más luminosas palabras. ¿Y qué es, realmente, la diana para que de tal forma encante y enajene?. Musicalmente, la Diana es una pieza compuesta por un andante majestuoso y un toque de trompeta o toque de atención, semejante a la diana militar de caballería, muy similar a un pasaje de «El Sitio de Zaragoza». Parece pueril que unas notas de trompeta arrastren con tanta fuerza a todo un pueblo. Que el zumbido de colmena de la ingente masa humana que se apiña y apretuja en la colina, se apague en un apretado silencio al escucharse los primeros compases del andante, estallando en un estruendoso aplauso unánime antes de que la última nota suba en ascendido vuelo hasta quebrarse en las estrellas de la alta madrugada... pero es que la Diana, nuestra Diana, en la hora solemne del amanecer bajo la clara plata lilibal del plenilunio, es algo más, mucho más que una simple pieza musical. Es algo tan hondo que nos atrae; que nos envuelve; que nos seduce; que nos embriaga; que pone un nudo de emoción en nuestras gargantas, tan apretado, tan fuerte, que nos hace sollozar; y sollozando mi alma también, sintetiza este momento crucial de la mañana del Viernes Santo en el siguiente sonetillo:

Diana que al Nazareno
toca el Imperio este día,
con dolor, con alegría,
de amor y de gozo lleno.
del clarín la voz sonora
es oración y es lamento;
y en hondo estremecimiento,
el pueblo, en silencio, llora.
La emoción se hace más densa.
Jesús y su Madre, miran
con una dulzura inmensa
sus hijos que suspiran;
mientras la aurora, temprana,
se hace voz en la Diana.

Concluida la Diana y extinguidos los sonos del miserere que los «Romanos» tocan a María Santísima de los Dolores, que se encuentra al lado de Jesús, empieza a organizarse la procesión; lo que no es cosa fácil, pues aunque el inmenso gentío que en apretada piña llenaba la empinada explanada se ha desparramado ya cuestras abajo hacia Santa Catalina, los millares de fieles que alumbran al Nazareno, todos quieren ir junto a El, costando lo indecible el poder conseguir que se pongan en dos filas y empiecen a caminar, lo que sólo se logra cuando el Hermano Mayor ordena inicie el descenso la sagrada Imagen abriéndose paso entre los innumerables «hermanos» y fieles que la rodean aclamándola con sus más enfervorecidos vivas, y únicamente así, para no ser arrastrados por el grandioso «paso» se colocan por sí solos a ambos lados de la carretera, estirándose poco a poco en dos largas filas hasta alcanzar una extensión de varios centenares de metros.

Describe después el impresionante espectáculo de Santa Catalina, diciendo con palabras de Miguel Romero, como el pueblo allí congregado, ha visto con profunda emoción «la aparición del Sol, con la del Nazareno, como si Dios enviase tan magnífica antorcha para alumbrar el camino del Calvario a su Divino Hijo». «Por el centro de la calle en una extensión de cien metros, vienen moviéndose los Romanos con su polícroma belleza, más gallardos y sugestivos que ayer, porque en el oro de sus ropas y en el bruñido de sus aceros, refráctanse los rayos del sol del Viernes Santo». «La imagen de Jesús Nazareno, coronado de espinas y con la Cruz sobre el hombro camino del Calvario, es realmente hermosísima». «A su paso, besado por este sol de Andalucía, que destaca más su belleza, todo el mundo se arrodilla. Sollozan las mujeres; mira trémulo de amor el niño; piensa y medita el hombre; suplica el enfermo y todos rezan; todos oran; todos son en estos momentos hijos verdaderos, de corazón, de Nuestro Padre Jesús Nazareno».

Subrayando la descripción con estos sonetos:

Con su dulce mirada que perdona y redime
camina hacia nosotros Jesús el Nazareno.
Un mundo hay de promesas en su mirar sereno;
y el pueblo al verlo herido, con pena llora y gime.
Bálsamo de consuelo su mirada sublime
nublada por el crimen de nuestro desenfreno,
no mira airada al malo y compasiva al bueno,
sino que alivia a todos los que el dolor oprime.
Como suave caricia se posa dulcemente
sobre la nieve fría; sobre la lava hirviente;
y nieve y lava, al beso de la tierna mirada
humillan su fiereza. La furia es dominada
por el irresistible poder del Nazareno
cuando sus ojos miran con su mirar sereno.
Cuando Jesús nos mira con su mirar sereno
se enciende en nuestra alma la luz de la esperanza
de alcanzar en su Gloria la eterna bienandanza.
Cuando Jesús nos mira, es su mirada freno
para que nuestra vida no emponzoñe el veneno
del pecado mortal. Su mirada es bonanza
en nuestro temporal; y es bienaventuranza

en nuestro acervo mal. Su mirar nazareno
pleno de auroras albas y soles refulgentes,
tiende alfombras de flores a los pies penitentes
de quién tras Él camina. Su mirada de amores
suaviza de la vida las luchas y rigores.
Y como Él hacia el Cielo sus pasos encamina,
al Cielo irá quién siga su mirada divina.

Detalla ampliamente y en todo su colorido la presentación al Nazareno de las doscientas y pico de Figuras bíblicas y simbólicas que hacen única a nuestra Semana Santa, acto que dura más de dos horas, que son las que tarda Jesús en recorrer la calle, adquiriendo la procesión con la incorporación de las Figuras una belleza indescriptible, aunque dice que donde reviste mayor grandiosidad (exceptuando la subida hacia el Calvario, donde el drama florece en realidades) es cuando se encuentra en el marco maravilloso de la calle Don Gonzalo. Allí, parece que el sol se ha descolgado del espacio para contemplar más de cerca el prodigio; poniendo más luz en las Imágenes resplandecientes; más color en los ropajes de los Romanos y de las Figuras; más brillo en los aceros y en los metales de los Coraceros; más fulgor en los oros y piedras preciosas de los bordados; más calor en el empeño de los actuantes; más devoción en las almas de los pontanos, y más pasión en el corazón del pueblo que vibra de entusiasmo semanatero.

Porque soy pontanés; (exclama); porque llevo en el alma el mismo fuego y el mismo ardor que sienten los pontanos, comprendo de donde sale todo el vigor que hace falta para aguantar a pie firme y sin desmayos el incesante y agobiante desarrollo de las procesiones. Y digo esto, porque apenas si ha terminado de pasar por el Ayuntamiento la Virgen de los Dolores, mecida y aclamada por sus hijos, y ya suena otra vez la campanita para iniciar la subida de la procesión. Y otra vez a correr el pueblo entero cuestras arriba para situarse a lo largo de las calles José Antonio, Amargura y Plaza de Jesús Nazareno. Otra vez los «hermanos» y los fieles que van alumbrando a Jesús y a la Virgen corriendo a colocarse en sus sitios y otra vez en danza los «Romanos» y las «Figuras» en torno al Nazareno, pues si es impresionante la salida de Jesús, no es menos imponente su regreso.

Cuando sube ya el divino Nazareno por la estrecha calle de la Amargura, rodeado de una inmensa muchedumbre, al declinar la tarde y enviar el sol sus últimos destellos, entre los Romanos del Imperio que le dan escolta y el abigarrado colorido de las Figuras y de los Coraceros con sus trajes auténticos de la época, parece una estampa fiel de aquel momento en que después de haber caído por tercera vez, el Redentor que el Gólgota ha advertido, viendo el final de su sufrir cercano, con amorosa unción lo ha bendecido; y abrazando con más fuerza a la cruz, sigue subiendo la empinada cuesta.

Si hiciéramos una fotografía en color de la subida de Jesús por la calle de la Amargura, tendríamos una copia exacta, una reproducción fidedigna de la penosa caminata del Redentor por aquella otra calle de la Jerusalén deicida camino del ¡cuán diferente es esta subida de Jesús!

Pero aunque el cuadro sea idéntico, Calvario.

Allí subió empujado; azotado; herido; vejado; calumniado; para una vez en la cumbre, desnudarlo con rabia; clavarlo brutalmente en la cruz; y dejarlo expuesto en ella

hasta morir. Aquí, sube triunfalmente en hombros de sus hijos de Puente Genil, entre una apoteosis de claveles; aclamado con las más encendidas palabras; enaltecido con los más emotivos y encendidos vivas; y una vez en la cumbre, vuelto cara al pueblo bajo el arco majestuoso del Pórtico, recibir la adoración de grandes y chicos; de propios y extraños que, contagiados del fervor nazareno de los pontanos, son también atraídos por el poderoso imán de su dulce mirada; recibiendo por último, a los cientos de Figuras que van a despedirse hasta el año próximo haciéndole una profunda reverencia; pero esta vez, levantándose el rostrillo del personaje que representan, como demostración de que son ellos, sus hijos, los que le reverencian.

Pruueba evidente de la emotividad de la subida de Jesús es que la Televisión viene expresamente a filmarla.

Permanece Jesús en el Pórtico hasta que llega su bendita Madre María Santísima de los Dolores, que también ha sido paseada por las calles del pueblo entre una hirviente manifestación de entusiasmo; al que he unido el mío, elevando hasta su trono esta plegaria:

Señora de las penas y temores.
Madre deshecha en llanto de amargura.
Reina de la inquietud y la tristura.
Virgen sin par de todos los dolores.
Soberana que vas sembrando amores
por donde quiera pasa tu hermosura.
Vaso sagrado pleno de dulzura.
Jardín divino de fragantes flores.
Nido de amor donde el amor anida.
Radiante estrella. Refulgente llama
que al mundo incendia de esplendor y vida.
Alcándara divina. Excelsa dama.
Déjame compartir tu inmenso duelo
y llévame a la Gloria de tu Cielo.

Llegado este momento, se hace el cambio de campanitas; siendo ahora la de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y María Santísima de la Soledad, la que, tañida por un «hermanito» expande sus peregrinas notas y seguida de las banderas y estandartes de estas Imágenes, van a recoger al Cofrade y «hermanos» de las mismas, los que, recogiendo a su vez a la Iglesia, se encaminan en vistoso desfile hacia la ermita del Dulce Nombre de donde sale esta nueva procesión.

Modificado recientemente su itinerario por la Agrupación de Cofradías, pues era excesivamente largo el que tenía y más de un año estuvo la Virgen de la Soledad en la calle hasta mediado el día del Sábado (entonces Sábado de Gloria) pues rivalizaban sus Hermanos Mayores en ver quien la encerraba más tarde, el recorrido que hace en la actualidad permite que su lucimiento sea extraordinario en varios puntos o lugares del trayecto, aunque donde la emoción sube de punto y se hace palpable es en la calle Don Gonzalo. Casi como en la tarde del Jueves Santo esperando la entrada del Imperio Romano, un enjambre de personas se derrama por todos los huecos de las casas y se apiña en las aceras a todo lo largo de la calle.

Abriendo marcha la campanita seguida de las banderas y tras una doble fila de nazarenos con túnicas negras y cucuruchos encarnados y fajines del mismo color, aparece el Santísimo Cristo del Calvario; impresionante «paso» que nos transporta con el pensamiento al ensombrecido Monte de las Calaveras, por representar con la mayor fidelidad el momento supremo de la Crucifixión; pues sobre las peladas piedras, se levantan las tres cruces con las imágenes aún vivas del Redentor y de los dos ladrones; componiendo el magnífico grupo escultórico que pone de manifiesto la desgarrada visión del sublime drama contristando las almas de los pontanos.

Sigue la procesión pasando lentamente. Una banda de trompetas y tambores anuncia la llegada de otro «paso» y:

Entre nubes de incienso que aroman el ambiente,
y entre las tristes notas de un «Stábat» doliente,
aparece la imagen de la Madre Angustiada
sobre una dura peña del Calvario sentada
al pie de aquella Cruz
en que para salvarnos murió su Hijo adorado,
escupido, maltrecho, vilmente flagelado,
sufriendo los dolores del martirio infamante...
La sangre preciosísima derrámase abundante
del cuerpo de Jesús.
Han herido su frente con agudos espinos.
Ha rasgado su pecho la lanza de Longinos;
y en su desnuda espalda, muestra los cardenales
que hiciéronle verdugos de instintos infernales.
Los brazos de la Virgen lo estrechan amorosos.
Dos ángeles, piadosos, lloran desconsolados.
Sobre el blando regazo yace el Hijo adorado;
y es tan grande su angustia; su dolor tan profundo;
que para Ella esta muerte, es el final del mundo.

El trono maravilloso de Nuestra Señora de las Angustias camina muy despacio entre un apoteósico clamoreo. Refulgente como un inmenso sol multiplicado tornasolado por las luces de las bengalas, resplandece el magnífico grupo escultórico levantando un murmullo de admiración y de piedad.

Las «saetas» se clavan en los corazones de los pontanos que las escuchan trémulos de emoción; emoción que aumenta por momentos, pues por el extremo opuesto de la calle, el Imperio Romano, ondeando al viento los ahora enlutados plumeros de sus cascos, avanza con su singular marcialidad a los sonos de su célebre marcha «Gloria al Muerto». Y como es tradicional que le toquen la «Diana» a la Soberana Señora de las Angustias, el revuelo que se arma entre el público es enorme; pero es suficiente que suenen las primeras notas para que cese el ruido por completo y se haga un silencio tan compacto que puede cortarse con un cuchillo. Y los clarines elevan su plegaria de amor y de esperanza en la noche estremejada.

Pero aún espera al pueblo una emoción más honda. Aún tiene que sentirse más apesadumbrado en la tremenda y triste noche del Viernes Santo.

Si ha sido tremebunda la pena que ha sentido, viendo en la Cruz muriendo al Cristo del Calvario; si sollozar le ha hecho el dolor de la Virgen con su Hijo en el regazo:

Cuando «La Soledad»,
cruzadas sobre el pecho
las rosas de sus manos,
y el corazón en flor
de puñales clavado,
camina sin aliento,
sin rumbo, sin destino;
«Sola» con su amargura;
«Sola», en su desconsuelo;
todo el pueblo pontano
en pálpito de anhelo;
con el alma tremante
ante el inmenso duelo
por la Soledad inmensa
de la Madre de Dios,
se hace suspiro y voz;
desgarrado lamento;
en apretado haz da
su dolor al viento;
y llorando con Ella,
la sigue; la acompaña;
y con fervor y mimo
sus heridas restaña.
¡Ya no estás Sola, Madre!
Tu triste Soledad,
la comparten Contigo,
tus hijos, tu hermandad.
Contigo, en tu sendero,
te sigue consolándote
Puente Genil entero.
¡Ya no estás Sola, Madre!
También está Contigo
mi voz de Pregonero.

Y llevada en triunfo, recorre en medio de la multitud que la aclama las calles del pueblo, hasta dejarla amorosamente en su bonita Casa del Dulce Nombre, terminando así la emotiva jornada del Viernes Santo.

Declarado por la Iglesia Sábado Santo el antes Sábado de Gloria, desde el año 1961, el Santo Sepulcro, compuesto de una magnífica y antigua escultura de Cristo yacente sobre un lecho de terciopelo verde bordado en oro y materialmente cubierto de lirios y azucenas, depositado dentro de una preciosísima urna magistralmente tallada y dorada a

fuego, que salía procesionalmente la noche del Viernes Santo detrás de la Virgen de las Angustias, se ordenó que hiciera su estación sólo, la noche del Sábado Santo, recorriendo el mismo itinerario de costumbre; ocurriendo así, hasta que en el año 1936, adquirida por la Cofradía una bellísima imagen de la Virgen, esculpida por un notable escultor sevillano bajo la advocación de la Virgen de las Lágrimas, para que le hiciera compañía, fue modificada la carrera, saliendo de la Parroquia de San José; caracterizándose esta procesión, como la de mayor recogimiento. Verdaderamente es impresionante este Entierro Divino del Señor. Abren marcha la campanita de la Cofradía, seguida de todas las banderas y estandartes y una banda infantil de trompetas y tambores tocando sin cesar solemnes marchas, seguidas de dos largas filas de penitentes con negras túnicas y cucuruchos con la cruz roja de la Orden del Santo Sepulcro y el número del Grupo a que pertenecen; a excepción de los «hermanos» del Cuarto Grupo, que llevan el capillo tradicional y en un escudo sobre el pecho la cruz roja de la Orden, llevando todos largos cirios encendidos. El Sagrado Sepulcro es escoltado por cuatro guardias civiles con uniforme de gala y el arma de la funerala. Tras el Divino Cadáver, un grupo de encapuchados con negros tunicones y largos cucuruchos ametrallan el silencio con los descompasados sonos de sus destemplados tambores.

¡Qué lúgubre sonido
producen los tambores
a muerto redoblando!
Parece el estallido
del mundo en sus temblores
por el crimen nefando.
Y pasan como sombras fantasmales,
con sus tambores roncros enlutados,
los negros cucuruchos cipresales
con sus redobles negros trasnochados.
La multitud, sobrecogida y triste,
contempla el Santo Entierro. El luto viste
los cuerpos y las almas con crespones
y visten de crespón los corazones,
en esta pavorosa noche hundida
en la sima más honda y escondida.
Y en un ambiente de dolor y pena,
la Virgen de las Lágrimas, camina
detrás del Hijo amado. La azucena
se hace en su rostro alcándara divina...
Bonita como una estrella
desengarzada del cielo;
honda en su rostro la huella
del dolor y el desconsuelo;
con las lágrimas perlando
sus ojos y sus mejillas,
viene la Virgen llorando,
y el pueblo cae de rodillas.

Y de rodillas, silenciosamente, Puente Genil, también suspira y llora en esta triste y pavorosa hora del Entierro de Cristo Omnipotente.

Pero al dolor de la Muerte, sucede el gozo de la Resurrección.

Rutilantes estrellas en parábolas,
surcando el Cielo azul, prenden antorchas
en un trono de nubes y de rosas
levantado por ángeles en vuelo.
Los caminos se pueblan de armonías
de arcangélicas cítaras celestes.
Llueven sobre la tierra en floración
aguaceros de nardos y claveles.
La brisa se perfuma de magnolias.
El agua se derrama en dulce entrega
Los ruiseñores trinan de alegría.
Los querubines cantan alabanzas.
Que por expresa voluntad de Dios,
Cristo, resucitado, sube al Cielo.

Y Puente Genil, que sabe hacer bien las cosas, celebra en grande el fausto acontecimiento.

Poseyendo una buena escultura de Cristo Resucitado, tallada en el año 1636, ignorándose su autor, venerada desde luengos años en la ermita de Santa Catalina, por iniciativa de don Francisco Luque Estrada, fue restaurada por el malogrado artista pontanés, don Antonio Muñoz Montaña, constituyéndose en el año 1950 la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, quedando erigida en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, hermoseándose y enriqueciéndose desde entonces, año tras año, constituyendo en la actualidad una maravilla.

Pero si el Sr. Luque Estrada merece los más encendidos plácemes por haber dotado a Puente Genil de esta encantadora procesión, su mayor logro ha sido el conseguir la cooperación de la Agrupación de Cofradías; de todas las Hermandades y de todas las Corporaciones para que acompañen al Glorioso Resucitado en su triunfal desfile, enviando una representación nutrida de cada una de las Hermandades con banderas, estandartes y demás atributos ornamentales; y las Corporaciones todas las Figuras bíblicas y simbólicas; coraceros; soldadesca romana; y el Incomparable Imperio Romano, constituyendo este policromo conjunto enmarcado en la amplia avenida de la Matallana, el más maravilloso espectáculo que imaginarse puede; siendo la atracción no sólo de todos los pontanos, sino de millares de forasteros de los pueblos limítrofes que a contemplarlo vienen; habiendo pasado del medio millar los coches y autobuses que nos visitaron el pasado año; siendo así el más expresivo colofón y compendio de nuestra Semana Santa.

Se refiere después a la leyenda negra que pesa sobre nuestra Semana Santa, combatiéndola y destruyéndola; asegurando y demostrando que quiénes la califican de «grotesca carnavalada» lo dicen con una ligereza y una ignorancia supina, pues se basan únicamente en las subidas de los Romanos al Calvario los Domingos Cuaresma (desde el año pasado los sábados) que van vestidos con túnicas de diversos colores, llevando como

lanzas largos palos y ondeando una bandera roja entre alegre charanga y el holgorio del pueblo que lo que los sigue; lo que causa extrañeza y estupor en los forasteros que lo presencian, que dicen, con sorna, si estos son los célebres Romanos de los que tanto se ufana Puente Genil. Pero es que los maledicientes no ven nada más que la parte externa, lo que choca. Pero no calan en el sentir verdadero y cristiano de los pontanos, que, aunque a su modo, quizás de una manera inadecuada (aunque van representando a la gente baja del pueblo deicida) suben al Calvario para tocarle al Nazareno sentidos misereres y a cantarle sus más emotivas saetas. Porque Puente Genil es alegre, pero cristiano y devoto y de una bien arraigada creencia en lo divino. Lo que demuestra claramente con ese conocimiento de la Biblia y de la Vida y la Pasión del Señor, encarnando y reviviendo en sí mismo, no sólo los personajes que intervinieron en el sublime drama, sino también otros personajes bíblicos y figuras simbólicas.

Pemán, refiriéndose al bien hacer y representación en España de la Semana Santa, ha dicho, que si la Semana Santa en Andalucía no tiene el misticismo y la unción de las que celebran los pueblos castellanos y de otras regiones, es porque la de Andalucía tiene la alegría del ambiente; pero que no por eso es el andaluz menos devoto ni menos creyente; (por algo esta tierra es la tierra de María Santísima) y a nadie se le podrá ocurrir ni pensar que es una irreverencia el piropear y aplaudir a sus Vírgenes y cantarle a sus Cristos saetas por martinetes. Por lo que no tenemos que olvidar y sí tener presente, que Puente Genil es andaluz por los cuatro costados y que es tan alegre, risueño y bullicioso como una pandereta, según lo definió su excelso poeta Manuel Reina; y de ahí viene la alegría de nuestra Semana Santa. Pero dentro de esta alegría, está su fervor religioso; su emoción y su piedad en el doloroso Vía-Crucis del Martes Santo, rezando las catorce estaciones por las calles sin luz, hasta el Calvario a un hermoso Crucifijo; y la devoción y veneración a sus Imágenes.

Sí: Puente Genil es tan alegre, risueño y bullicioso como una pandereta. Pero es también una guitarra bien templada, en cuyas cuerdas vibra un himno de amor y de esperanza; de nobles ambiciones; de fe y de confianza; y si se pulsa en ella la cuerda del culto a lo sagrado y lo divino, ya habéis oído que bien suena, que notas más brillantes arranca de su alma rezando en el Vía-Crucis; presenciando y acompañando con fervoroso entusiasmo los desfiles procesionales; oyendo la «Diana»; y en otras muchas más manifestaciones; siendo una de las más características la visita a los SAGRARIOS (andar las estaciones como aquí se dice) en la noche del Jueves Santo, donde todos los componentes de Grupos y Corporaciones, vestidos con túnicas negras, en fila india y separados a cuatro o cinco pasos de distancia, en silencio, sin mirar a nadie (sufren severas multas si alguno vulnera esta tradición) atraviesan las calles del pueblo penetrando en las iglesias que levantan Monumentos al Santísimo Sacramento en los altares, verdaderas maravillas de arte y gusto ornamental.

Otra de las manifestaciones públicas de la religiosidad y devoción de este pueblo, es el incesante subir a diario de hombres y mujeres de todas las edades y condición social a ponerse de rodillas a los pies de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Unos a darle gracias por las mercedes recibidas; otros a suplicarle ayuda en sus necesidades; a pedirle remedio para sus males; o simplemente a estar con El unos momentos y rezarle un credo o un padrenuestro. Pero el afluir de personas es constante. El doble cordón de visitantes, unos hacia arriba, otros hacia abajo, no se rompe en muchas horas sobre todo al caer la tarde, lo mismo en verano que en invierno.

Este espectáculo contemplado por mí diariamente me inspiró el «Himno al Patrón de Puente Genil del que son los siguientes versos:

**«Como hormigas van y vienen
los pontanos a tu ermita,
que tanta fe en tu amor tienen
que a tus pies ponen sus cuitas.»**

Sí: como al ir y venir de las hormigas se puede comparar el ir y venir de los pontanos a la ermita del Nazareno. Y lo mismo que las hormigas van cargadas con el alimento a depositar para su sustento, así vamos también nosotros cargados con nuestras penas; nuestros dolores; nuestras inquietudes o nuestra gratitud, a depositarlas en el inmenso Almacén Divino que es Jesús Nazareno.

Habla después de las cosas típicas de nuestra Semana Santa, destacando como la más significativa la «campanita» a la que se le han dedicado a través de los tiempos muchas poesías laudatorias, mereciendo especial mención el canto magistral que le hiciera el malogrado poeta don Agustín Rodríguez y la emotiva composición de otro poeta local también fallecido, don Rodolfo Gil, de la que son sus últimas estrofas las siguientes: «Campanita, campanita / del mudo Viernes Sagrado, / ¡cuántas veces te he añorado / desde el yunque de mi cuita! / Ahora tu recuerdo excita / en mi corazón alado / ansias de ver aclamado / mi Jesús ante su ermita, / entre vivas y saetas / y el fulgor de las bengalas / que inician la procesión. / Campana, por qué me inquietas, / si cuando me pones alas / están mis pies en prisión.

Como este desgarrado lamento de Rodolfo Gil, es el de todos los pontanenses que por los avatares de la vida, se encuentran lejos del pueblo la Semana Santa manifestándolo poéticamente como el más destacado vate semanadero, el inolvidable Miguel Romero, que dejó su impronta y su huella indeleble grabadas para siempre en su libro «Semana Santa de Puente Genil» (reeditado ahora por don Francisco Moyano Reina, otro ilustre pontano cien por cien semanadero). Aunque lo de Miguel Romero no es una lamentación más, es el patético alarido de un corazón sangrante por la herida que le producía el que le tuvieran vedada la entrada en su pueblo por la política de entonces.

Del mismo modo expresan su nostalgia por la ausencia del pueblo en estos días los muchos pontanenses que diseminados por toda España, donde quiera que se encuentren, se unen, se reúnen en la casa o pensión de cualquiera de ellos y al calor de unas copas de nuestro vino, enviado por sus familiares, evocan nuestra Semana Santa, la suya también, entonando saetas cuarteleras al compás del acompasado tamborileo de los cucuruchos, tocado con sus manos sobre la mesa. Y lo mismo ocurre con los que marcharon a Suiza, Francia o Alemania. Son muchos los que vienen de allá porque han escogido estos días para celebrar sus vacaciones haciendo doble su placer; el del retorno a su patria para abrazar a sus familiares y el de vivir de nuevo estos días que tan metidos están en sus entrañas. Pero los otros, los que quedan allá porque no pueden repatriarse por ineludibles deberes u otra causa de fuerza mayor, si siempre la nostalgia de su tierra está perenne en ellos, estos días el recuerdo se aviva en su memoria y los empuja a juntarse formando una hermandad y, emocionados, con los ojos puestos en una fotografía del Nazareno, que todos tienen con

veneración, ante el asombro de sus compañeros de trabajo franceses o alemanes cantan unas saetas con todo el fuego de sus corazones.

Ya veis que es algo grandioso, sublime; que no tiene motivo alguno de censura, sino todo lo contrario; que es digna de los mayores elogios.

Dicen algunos que se bebe mucho vino, demasiado vino estos días. Y yo digo que qué hay de malo en ello. ¿No es el vino la sangre de Nuestro Señor Jesucristo?.

Pues qué pecado puede haber en saturarse de esta Gracia santificante y divinizada, necesaria además, pues sin ese elixir vigorizante, nadie podría soportar el enorme sacrificio que supone la representación de las figuras bíblicas cargadas con los pesados trajes y martirios, cubiertas sus caras con los «rostros» de los personajes que encarnan, bajo un sol abrasador.

No: la Semana Santa de Puente Genil con su alegría y con su vino también, no tiene motivo alguno de maledicencia ni censura. La Semana Santa de Puente Genil, con la magnificencia de sus desfiles procesionales; con su policromía incomparable; con el sentimiento que la acompaña, es merecedora de los mayores aplausos; de las más encendidas alabanzas y por eso quiero que seáis todos su Pregonero.

Y termina haciendo tres ruegos:

El primero a la señera Corporación del Imperio Romano preguntándole por qué no hace su primera salida el Miércoles Santo para acompañar a la magnífica procesión de este día a la que daría mayor colorido; mayor relieve; mayor prestancia; porque la procesión lo merece y es digna, como todas las demás del acompañamiento del Imperio; añadiendo, que, con este cambio, el desfile procesional del Miércoles tendría más brillantéz; aumentaría la afluencia de forasteros, que muchos retrasan su venida hasta el Jueves para admirar al Imperio y el pueblo gozaría más aún, pudiendo aplaudir un día más a los que para todos es y ha sido siempre el florón de nuestra Semana Santa.

El segundo ruego es a la Agrupación de Cofradías, diciendo, que aunque es mucho ya lo conseguido en el campo de la difusión de nuestros valores por los muchos medios empleados por su dinámico Presidente, don Antonio Reina Parejo, que aún hace falta más, siendo preciso que multiplique su celo para que aumente el engrandecimiento de nuestra Semana Santa, procurando vuelva a celebrarse el hermosísimo acto del encuentro de Jesús con su Santísima Madre, en el que publicaba Pilatos su sentencia, siendo glosado el trascendental acontecimiento por un eminente orador sagrado.

Le hace también la sugerencia de que debe poner su mayor interés en conseguir del Municipio y de empresas privadas la construcción de un gran hotel donde puedan encontrar un buen alojamiento los que queremos nos visiten.

Y el último ruego es para el público asistente al que dice: «Mi último ruego (parafraseando a Romero Murube) es para vosotros, los que habéis tenido la paciencia de escucharme.»

«**A**compañarme con el pensamiento en la oración que yo digo muchas veces: Gracias, Dios mío, porque me has dado la suerte de poder verte en la dulzura de tu Humildad; en el pavoroso abandono de tu prisión; en el cruento martirio de tu flagelación amarrado a la columna; en tu Terrible Majestad bajo el peso tremendo de la Cruz; en el horrible suplicio de tu Crucifixión; en la solemne serenidad de tu Santísimo Entierro y en la magnificencia de tu Resurrección. Gracias, Señor porque me permites ver y hablar con tu Santísima Madre en su Amargura; en su Esperanza; en sus Angustias; en sus Dolores; en sus Lágrimas; y sobre todo con la que hablo a diario en mi cercana vecindad; con esa Virgencita chiquita y bonita, la más desgraciada de todas... María Santísima de la Soledad.»

Y no teniendo nada más que decir, tengan la caridad de perdonar mis muchos yerros; y, como el sacerdote despide a los fieles al terminar la Santa Misa, así quiero despediros yo: «Podéis ir en paz »

El Señor Cabello, que escuchó calurosos aplausos al recitar sus composiciones poéticas a lo largo de su intervención, fue largamente ovacionado al finalizar su discurso, y cariñosamente felicitado.